

Israel, y á los siete mancebos, y á Cástor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.—Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sábios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos.” Subió Don Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscara. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, á lo menos todos aquellos que durasé el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que, segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladron que de la cadena, por virtud y locura de Don Quijote, se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente vengza á lo porvenir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza; hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio, el cual, viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: “¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque, con veinte y seis maravedis que ganaba cada dia, mediaba yo mi despensa!” Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa, de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas.

